

Capítulo

1

En el vigésimo séptimo día del mes de junio del año de gracia de 1731, mi hermano Bartolomeu Lourenço se elevó en su aeronave desde las viejas murallas del Castillo de São Jorge. Recuerdo ese día tan claramente como si hubiera sido ayer. Había algunas nubes en el cielo, y eran como cintas de encaje blanco teñidas de naranja por la puesta de sol. El tiempo era agradable. Desde el mar soplabla una suave brisa que de vez en cuando traía el tenue aroma de las algas. Mi hermano ató un cabo a la proa y anudó el otro extremo a una estaca clavada en el suelo. Caminó conmigo hasta la nave, con paso solemne y comedido. Su perro pointer de color canela, *Sacha*, le lamía los pies. El elegante navío parecía tan grande como un

balandro de alta mar. Rugió una bomba de vacío y el cabo se tensó. Trepé por la escala de cuerda que colgaba de la cubierta y me volví a mirar por encima de la amurada. La nave se elevó aproximadamente un metro sobre el suelo. Bartolomeu mantuvo el cabo tenso durante un momento. Nos miramos. Era un hombre alto, delgado, de veintiséis años, ojos de color gris azulado y cabello rubio dorado. Yo tenía diecinueve años.

—¿Listo para explorar el cielo? —preguntó.

Asentí.

—Asustado, ¿verdad?

—No... no.

—¡Excelente! —exclamó y subió a bordo de un salto.

Desenvainó su espada y con un rápido movimiento desató las amarras. El *Passarola* se elevó, girando como una peonza mientras ganaba altura. Nos alejamos bordeando las torres y ascendimos hasta flotar a varias decenas de metros por encima del castillo. Debajo de nosotros veíamos el séquito real. Ahí estaba Su Majestad João V, aplaudiendo con regocijo; un astrólogo le había dicho que llevaría a Portugal a una nueva era de exploración. Junto a él estaba el duque

de Aveiro, mecenas de mi hermano y tío de mi amada, agitando su tricornio con expresión de alivio en el rostro. A su lado se veía a su adorable sobrina María, un capullo de rosa entre las ortigas.

Un poco más allá estaba el cardenal Conti, observándonos con una mirada fija y asesina, y no muy lejos divisábamos a otros cortesanos boquiabiertos. Algunos agitaban la mano, otros gritaban «¡bravo!»; pero el cardenal, una enorme figura de blanco, sólo se santiguaba.

El *Passarola* se elevaba. Ahora podía ver toda la finca, la iglesia y la residencia del clérigo a mi izquierda. Al lado estaban los graneros, los establos y la armería, que se había convertido en una destilería; y las casas de los trabajadores. Veía los campos, que se asemejaban a un tablero de ajedrez de casillas verdes y doradas que recubrían las colinas. Los agricultores que cultivaban patatas volvían a casa. Los pastores conducían sus rebaños al interior de los rediles. Las rechonchas campesinas guiaban a sus hijos. Podía oír todos los sonidos: los llantos de los niños, el tañido de la campana de la iglesia, los ladridos de los perros ovejeros. La tierra resplandecía en el horizonte. El cielo tenía un tono rojo oscuro en el lugar donde se había ocul-

tado el sol. Sus últimos rayos iluminaban las siete colinas. Los árboles estaban llenos de pájaros que gorjeaban, pero sus sonidos eran cada vez más débiles. Unos murciélagos pasaron cerca de nuestras cabezas. Lisboa quedaba ahora a mi izquierda, menguada hasta tener el tamaño de una pisada, y el propio Tajo no parecía más que un pequeño riachuelo. La bruma de la tarde hizo que perdiéramos de vista a nuestra gente. El aire era frío y, salvo por el ruido del viento en nuestras velas, el silencio nos rodeaba.

Izamos el foque y la vela mayor y dejamos que el viento nos llevara hacia el puerto. Mis sentidos se desbordaron con las vistas agrestes que había a nuestro alrededor. Me acerqué a Bartolomeu, que estaba apoyado en la caña del timón. Sonrió y me estrechó la mano.

Me sentí feliz por él. Ése era el momento de su triunfo. Había trabajado durante años para perfeccionar su máquina voladora, pero sus experimentos habían sido desastrosos. La Inquisición le había amenazado y ridiculizado. Algunos poetas habían escrito sátiras sobre él y los niños se habían mofado de él con gritos de «*o voador*», el volador. Pero él había perseverado. Había pasado privaciones por su trabajo y había desconcertado a sus críticos. Yo habría

podido bailar de pura emoción, pero él sólo parecía cansado. Llenó su pipa, la encendió y miró al horizonte por largo tiempo.

—Tengo que pedirte una cosa —dijo finalmente—. Poco me importa mi vida, pero si llegara el peor de los casos y algo me pasara, ¿darás testimonio por mí?

En ese momento no di demasiada importancia a sus palabras, pues no tenía motivos para dudar que nuestro futuro fuera a ser otra cosa que espléndido. Jamás imaginé que me haría falta desempolvar los cuadernos de bitácora y hojear mis amarillentos diarios para recordar los acontecimientos de aquellos lejanos días. Pero en la narración que sigue, finalmente y con gran pesar, yo, Alexandre Lourenço, debo cumplir ese encargo, esa promesa.